



**LA SEXY CAZA
A LA CHICA
HITCHCOCK**

CRISTINA PRADA - TIARÉ PEARL

Lillie Harper está a punto de conseguir su sueño de trabajar en el departamento de sociología de la universidad de Columbia, pero para lograrlo tendrá que superar un último obstáculo.

Gracias a su amiga Taylor, encontrará la mejor oportunidad para alcanzarlo, sin embargo, también será lo más difícil, «sexy» y excitante que haga jamás. Un reto en toda regla que trastocará por completo su ordenado mundo.

¿Qué ocurre cuando el hombre más atractivo y complicado del universo se cruza en tu vida?

¿Qué pasa si el sexo más salvaje y el amor se entremezclan?

¿Y si es así como verdaderamente te descubres a ti misma?

Regresa a Nueva York, conoce la historia de Lillie y descubre cómo la vida de una chica cualquiera puede cambiar por una sola decisión.

Índice de contenido

Cubierta

La sexy caza a la chica Hitchcock

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Sobre las autoras

Notas

1

Nunca he estado más nerviosa. El viejo banco de madera resuena cuando me levanto de golpe. Miro mi reloj y me acerco con paso apresurado a la puerta del despacho del profesor Kenner. Se retrasa cinco minutos. Repaso la conversación que mantuvimos junto a su mesa hace exactamente dos semanas. Me citó para que viniera hoy a las cuatro en punto. Giro sobre mis bailarinas y vuelvo a alejarme de la puerta. Si tarda mucho más, creo que tendré un ataque en toda regla.

Hoy por fin sabré la nota de mi proyecto de fin de máster sobre Dinámicas de Investigación Social; de él depende que me concedan o no la beca como ayudante del Departamento de Sociología Aplicada en la Universidad de Columbia, el primer paso para convertirme en investigadora, lo que siempre he querido.

Oigo la puerta abrirse y me giro prácticamente en ese mismo microsegundo. Un chico, que reconozco de clase, aunque no sé cómo se llama, sale con aspecto abatido. La fama de hueso del señor Kenner es totalmente merecida.

—Lilianne Harper —me llama deteniéndose bajo el umbral de la puerta de su despacho—, su turno.

Asiento rápidamente, aunque no se queda a esperar una respuesta, y lo sigo al interior de su oficina.

—Tome asiento —me ofrece, haciéndolo él.

Obedezco y observo la estancia. Lo hago por inercia. Soy una persona muy curiosa. Supongo que por eso me

gusta investigar la conducta humana.

—He estado revisando concienzudamente su trabajo — me explica abriendo una carpeta y perdiendo su vista en ella— y debo decir que...

Deja de hablar, concentrado en lo que lee. Espero un largo segundo. Comienzo a dar pisadas cada vez más aceleradas y nerviosas contra el desgastado parqué. Otro larguísimo segundo. Otro. Otro.

—¿Le ha parecido bueno? —pregunto impulsiva.

El profesor Kenner alza la cabeza y me observa algo molesto. Yo me revuelvo incómoda en la silla. Soy una bocazas, la mayor virtud de la grandísima idiota Lillie Harper, pero iba a volverme completamente loca si seguía en silencio.

—De hecho, no, señorita Harper —sentencia.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Es usted una de mis mejores alumnas, pero creo que eligió un tema rico, lleno de vertientes, sobre el que pasó de puntillas.

Tuerzo el gesto y bajo la mirada. Elegí el tema «La sexualidad actual: Las nuevas prácticas sexuales socialmente aceptadas» porque me pareció muy interesante y precisamente eso, repleto de matices, pero lo cierto es que las entrevistas no funcionaron todo lo bien que hubiese querido y, con el conocimiento limitado a mi propia experiencia, tampoco había mucho que contar. Tendría que haberle hecho caso a Taylor y haberme presentado en un club de BDSM grabadora en mano.

—¿Significa eso que ya no tengo posibilidades de que me den la beca? —me envalentono a preguntar.

Sé que es otra salida de tono, pero, si la he perdido, quiero saberlo ya.

—No —responde al cabo de unos segundos.

Suspiro aliviada y una torpe sonrisa se escapa de mis labios.

—Pero tampoco es un sí —me aclara. Inmediatamente cuadro los hombros—. Voy a darle la oportunidad de repetir el trabajo.

¡Eso es fantástico!

—Muchas gracias, señor Kenner —me apresuro a responder.

El profesor resopla a la vez que cierra la carpeta de golpe.

—Lilianne —replica dejando atrás el «señorita Harper»—. Sólo hago esto por todo lo que ha trabajado durante el año y porque realmente pienso que tiene un gran futuro en el campo de la sociología, pero, si no hace algo realmente bueno con este proyecto —añade señalando con el índice la carpeta que acaba de cerrar—, no habrá más oportunidades.

—Lo sé.

—Tiene tres semanas —sentencia.

Asiento y me levanto.

—Como prueba de que confío plenamente en usted, empezará a ayudarme como alumna de departamento.

¡Genial!

Me muerdo el labio inferior y vuelvo a asentir con una nueva sonrisa.

—Esta semana comenzaremos con análisis y entrevistas a personajes públicos de la ciudad —me explica moviendo las manos para apoyar sus palabras—. La universidad quiere publicar un libro de perfiles de personalidades. Serán exclusivamente profesionales —especifica—. Pretende ser una guía de logros académicos y laborales, nada de información personal. Nosotros aportaremos el punto de vista sociológico. El primer entrevistado será el fiscal general del estado de Nueva York. Dentro de dos días. Actuará como mi asistente.

El fiscal general del estado de Nueva York es uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Desde luego, es empezar entrando por la puerta grande.

—No lo defraudaré, profesor Kenner.

—Eso espero. No doy muchas oportunidades como ésta.

La sonrisa desaparece de mis labios y la presión crece. Ésta es mi última posibilidad para hacer realidad mi sueño.

Salgo del Knox Hall, el edificio que alberga todo lo relacionado con la sociología en la Universidad de Columbia, y regreso a mi apartamento en la 115 Oeste, junto al Morningside Park. Me mudé aquí porque estaba cerca del campus, pero las vistas convencerían a cualquiera, son increíbles.

No tardo más de diez minutos, pero, aun así, tengo muchísimo tiempo para pensar. Repaso todas las técnicas posibles de investigación, las vueltas de tuerca que puedo darle al tema, todas las perspectivas, pero siempre llego a la misma conclusión: ¿cómo voy a hacer un trabajo claro y efectivo si tengo una experiencia tan limitada sobre el tema en cuestión? Soy plenamente consciente de que no puedo convertirme, de repente, en la dueña de un club de *swingers* en los suburbios de Manhattan, pero necesito algo, lo que sea, que me dé un punto de vista más práctico. ¿Por qué no he sido una de esas personas que, con veinte años, deciden olvidarse de estudiar y ser buenas chicas para dedicarse a experimentar todo lo referente al sexo, las drogas y el *rock & roll*?

«Porque algunas no pueden dejar de ser buenas chicas ni aunque lo intenten», sugiere mi voz de la conciencia.

Tuerzo el gesto. Eso es cierto, pero no serlo, en mis actuales circunstancias, me habría ayudado mucho.

Estoy subiendo los últimos peldaños del último tramo de escaleras a la tercera planta cuando veo a Taylor, mi mejor amiga y vecina de arriba, llamando a mi puerta con uno de sus pies descalzos, con dos Budweiser heladas en la mano y un Marlboro *light* en la otra. Me sorprende que no haya utilizado la escalera de incendios como hacemos siempre.

—Ey —me quejo divertida—, aparta ese pie de mi puerta. Ésta es una planta con clase.

Taylor me hace un mohín y me señala la madera con un movimiento de cabeza que agita su melena castaña clara, casi rubia, llena de ondas.

—Abre esta maldita puerta, Harper —replica—. Tengo dos cervezas y muchas ganas de celebrar la matrícula de honor de sabelotodo asquerosa que seguro que has sacado en tu trabajo.

Al oír sus palabras, me detengo y lanzo un profundo suspiro.

—No hay matrícula de honor —le anuncio.

—¿Sobresaliente, entonces?

—Tengo que repetir el trabajo —sentencio encogiéndome de hombros—, y no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Echo a andar hacia la puerta, la abro ante la conmovida mirada de mi amiga y entro en mi pequeño, tirando a diminuto, apartamento. Abandono las llaves en la isla de la cocina y con un par de pasos más me dejo caer en mi viejo sofá gris. Taylor me sigue con cara de susto. No la culpo. Nos conocimos el primer día de universidad y compartimos habitación en la residencia durante dos años, hasta que nos mudamos a este edificio. En todo ese tiempo me he esforzado muchísimo por sacar las mejores notas. No hay muchas oportunidades de empleo para los investigadores de sociología y el noventa y nueve por ciento pasan por las becas de la universidad, así que siempre he tenido claro que, si no quiero volver a Indiana con el rabo entre las piernas, debo ser la mejor estudiante.

—¿Qué tema habías elegido? —me pregunta tendiéndome una cerveza y sentándose a mi lado.

—Eres una amiga horrible —me quejo—. Te lo he dicho algo así como un millón de veces.

Taylor me dedica un nuevo mohín de lo más infantil sólo para evitar darme la razón y, antes de que pueda impedirlo, me da un pellizco en el brazo.

—Soy una mujer muy ocupada —protesta a modo de defensa.

—Yo también lo sería si tuviera una docena de novios.

En ese preciso instante su BlackBerry comienza a sonar. Me dedica esa típica sonrisa de «sé un secreto divertidísimo y no pienso contártelo» y presta toda su atención a su teléfono. La conozco y sé que estará un rato liada con su móvil, así que me quito las bailarinas y me dirijo a la cocina. Me encanta andar descalza y me encantan los zapatos, es una de esas paradojas de mujer moderna colada por Nueva York y por la moda. Seguro que a Sarah Jessica Parker también le pasa. Saco un cuenco de uno de los armaritos y lo lleno con un par de paquetes de Cheez-it. De regreso al sofá, me paro junto al aparato de aire acondicionado y lo enciendo. El verano ha llegado a Nueva York un mes antes de lo normal y, aunque sólo estamos a principios de mayo, el calor está empezando a ser asfixiante.

—Qué tonto —murmura Taylor con una sonrisa, sin dejar de teclear en su *smartphone*.

Yo también sonrío y vuelvo a sentarme a su lado.

—¿Uno de tus novios? —inquiero.

—Claro que no es uno de mis novios —replica sin levantar la vista del teléfono.

Suspiro y clavo la mía en el techo. Aunque la vida sentimental de Taylor podría distraer a cualquiera, no puedo dejar de pensar en el proyecto. ¿Cómo demonios voy a hacerlo?

—Estoy empezando a agobiarme —confieso.

—¿El trabajo? —plantea de repente, sacándome de mi ensoñación.

Yo la miro y suspiro. Acabo de darme cuenta de que he pronunciado la última frase en voz alta. Otra de mis maravillosas virtudes: irme a las nubes y no darme cuenta de que estoy diciendo lo que, en teoría, sólo debería estar pensando.

—No tengo ni la más remota idea de qué hacer, ni siquiera de cómo hacerlo —me sincero—. En el estudio que le entregué al profesor Kenner, todo eran teorías y pensamientos de investigadores que tienen la misma experiencia práctica que yo. Eso no me vale y, si no apruebo, se acabó.

Resoplo y me revuelvo incómoda. Por primera vez en mi vida no quiero hablar. Hablar no va a arreglarlo. Tengo que encontrar una solución y, para eso, primero debo liberarme de esta presión. Cambiar de conversación. Despejar la mente.

—No quiero hablar más sobre el proyecto —sentencio—, mejor hablemos de ti y de tus novios, porque, ¿sabes?, soy socióloga profesional —le recuerdo socarrona—, y a mí no puedes engañarme. Detrás de la sonrisita boba de antes hay sexo, y sexo del bueno.

Taylor se encoge de hombros.

—Creo que es más urgente que nos centremos en tu trabajo.

—No cambies de tema —me quejo—. ¿Es tu novio?

—No lo sé —claudica al fin—, puede que sí, pero en cualquier caso no lo es en el sentido convencional de la palabra —de pronto parece recapacitar sobre la frase que acaba de soltar—, o puede que precisamente lo sea sólo en ese sentido y no en todos los demás... —se explica con dificultad—. No lo sé —repite al cabo de unos segundos, rindiéndose.

La miro confusa. No he entendido absolutamente nada.

—Explícate mejor —le pido—. ¿Es tu novio o no?

Taylor alza la cabeza y me mira un instante. Deja el móvil sobre la mesa y se gira para que estemos frente a frente. De pronto toda la situación se ha vuelto bastante solemne. ¿Qué demonios va a contarme?

—¿De qué decías que era tu trabajo? De la sexualidad humana, ¿no? De los nuevos gustos, como el *bondage* o el sado, que siempre han estado ahí pero que ahora puedes

sentarte a comentar con amigas a la hora del café sin que te miren como a una perversa.

Asiento. No lo habría resumido mejor.

—Parece que al final sí que escuchas —replico socarrosa.

—Cállate y escúchame tú a mí. Ese hombre no es mi novio. Ninguno de los que creen que son mis novios lo son, pero yo, en cierta forma, sí soy su novia.

He vuelto a perderme.

—¿Has oído hablar alguna vez de la *girlfriend experience*?

—¿*Girlfriend experience*? ¿La experiencia de novia? —Niego con la cabeza.

—En esa experiencia le ofrecen a un hombre una cita, la posibilidad de tener una novia por unas horas. Una cena en un bonito restaurante, charla agradable y, después, si es lo que la chica quiere, sexo.

—Espera... ¿quién se lo ofrece?

Analizo las palabras de mi amiga y, torpe, tardo un par de segundos de más en reunir las piezas del puzzle.

—¿Trabajas como prostituta? —pregunto tan escandalizada que ni siquiera me sale la voz para gritar como Dios manda.

—De eso, nada —se apresura a responder sin ningún tipo de dudas, incluso un poco ofendida—. Yo no cobro por sexo, cobro por mi compañía. Sólo me acuesto con ellos si quiero. Los hombres que usan este tipo de servicio quieren conectar intelectual y emocionalmente con alguien.

—¿Y normalmente quieres? —inquiero en un susurro.

Taylor se encoge de hombros con una sonrisa.

—Eso es un sí —confirmo lamentándome—, Taylor —la regaño levantándome.

Es guapa, muy inteligente, a punto de doctorarse en Derecho. Podría tener todo lo que quisiera, ¿por qué ha elegido hacer esto?

—Lillie, tienes que poner cada cosa en su lugar —replíca levantándose también—. Para mí es un trabajo y no interfiere en mi vida. No estoy en esto en contra de mi voluntad ni nada por el estilo. Voy a fiestas, tengo citas con algunos de los hombres más poderosos e interesantes de Manhattan y me pagan el suficiente dinero como para no estar llena de deudas y préstamos universitarios.

Tuerzo el gesto. No voy a negar que entienda esa última parte. Creo que, si muriese ahora, gracias a la universidad, la tienda de Carolina Herrena de Madison Avenue y los zapatos, tendrían que enterrarme en una caja de cartón porque el banco se quedaría hasta con mis bragas.

—¿Y no temes que alguien se entere?

—La discreción es la primera regla aquí, tanto para los clientes como para nosotras. Además, nunca uso mi nombre real.

Yo la miro sin poder creérmelo del todo.

—¿Tienes alguna pregunta?

—¡Estás de broma! —estallo sincera—. ¡Tengo miles!

—Pues venga, empieza —me anima con una sonrisa—. Pregunta lo que necesites y úsalo en tu trabajo. Yo te daré la perspectiva práctica y real que precisas.

Asiento. Me levanto de un salto y voy hasta mi habitación para coger una libreta y un lápiz. Las preguntas bullen en mi mente entremezclándose con la preocupación y, antes de que me dé cuenta, la primera sale de mis labios a voz en grito desde mi dormitorio.

—¿Es seguro... para ti?

Taylor no contesta y mi desasosiego crece hasta límites insospechados. Me planteo llamar a su madre a Houston o a su hermano Paul, que también vive en Texas. Quizá incluso puedo aprovechar que voy a ver al fiscal general en dos días para pedirle que la incluya en un programa de protección de testigos a cambio de que denuncie a la organización que la obliga a hacer esto.

—Lilianne Harper —me llama entrando con paso seguro en mi habitación y apoyándose con las dos manos y la mejilla en el marco de la puerta—, deja de imaginarte todo lo que te estás imaginando ahora mismo —se burla.

Me conoce demasiado bien.

Le dedico una irónica sonrisa entremezclada con un mohín, pero lo cierto es que me preocupa, y mucho.

—Sólo es un trabajo —me confirma a medio camino entre la condescendencia y la ternura— y, de hecho, disfruto con ello.

Yo dejo el lápiz que sostenía sobre mi escritorio.

—Lo siento, pero no soy capaz de entenderlo.

No quiero juzgarla, nunca lo haría, pero no puedo comprender cómo considera algo normal un trabajo en el que, al final, le pagan dinero por practicar sexo con otra persona, aunque ella lo haya explicado de una manera mucho más permisiva.

Taylor sonríe, me coge de las manos y nos sienta en mi cama.

—Te lo repito. Sólo es un trabajo. No vendo mi alma, Lillie.

Dejo de mirarme nerviosa mis propios dedos y por fin la miro a ella. ¿De verdad no lo hace? Estoy demasiado confusa. Me siento como una niña pequeña y una cuadrículada moralista al mismo tiempo. Odio dibujarme así. Tengo veintitrés años y siempre me he considerado una persona tolerante y abierta de mente.

—¿Y para quién trabajas? —me atrevo a preguntar.

—Nadine Barnett —contesta—. No puedes mencionarla en tu proyecto —me advierte.

—Lo imagino. La primera regla es la discreción —replico con sus propias palabras.

Taylor asiente con una sonrisa.

—Tiene una agencia de lujo dedicada en exclusiva a la *girlfriend experience*. Antes de aceptar a una nueva chica o a un nuevo cliente, lo investiga con muchísimo detenimien-

to. Gana más dinero del que puedas imaginar y no quiere que nada salga mal.

Durante la siguiente hora, le hago un millar de preguntas más: ¿cómo acabó trabajando allí?, ¿cómo son las otras chicas?, ¿cuánto gana?, ¿qué cosas le han pedido?, ¿lo más extraño?, ¿a qué se ha negado? Me explica que a las chicas se las conoce como *providers* y, a los clientes, como *hobbyists*. Nadie menciona jamás el término *prostituta*, ni siquiera *escort*, porque no lo son, y en este mundillo la diferencia entre una cosa y otra es vital.

—¿Y cómo son los clientes? —inquiero antes de darle un trago a mi cerveza.

—Hay de todo —responde Taylor—. Son hombres de negocios, ejecutivos o personalidades de la ciudad. Algunos de treinta y pocos, otros no; algunos guapos, otro no —sentencia con una sonrisa—, pero todos tienen que ser educados. No son clientes de putas de cincuenta dólares.

—Eso es cruel —me quejo.

—Y muy triste, Lillie, pero desgraciadamente es la verdad.

Tuerzo el gesto y asiento. Nadie debería negarle a una mujer el ser tratada con respecto, pero desgraciadamente algunos hombres parecen haberlo olvidado. Me alegra y, sobre todo, me alivia muchísimo que los clientes con los que trabaja Taylor no sean así.

Al cabo de otro par de horas, y una cerveza más, cierro el cuaderno sobre mis piernas. He recopilado muchísima información, pero tengo la sensación de que me falta algo decisivo, la guinda del pastel. El trabajo tiene que quedar perfecto. Me juego demasiado.

—¿Podría ver el ambiente en el que te mueves? —planteo tímida—. ¿Acompañarte alguna vez a alguna de esas fiestas?

Ella misma ha mencionado que Nadine Barnett a veces organiza fiestas increíbles donde los *hobbyists* se encuentran con *providers*. Hay buena música y *champagne* carísi-